

9-16-2019

Iríamos a Tampa

Carmen Díaz

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Díaz, Carmen. 2019. Iríamos a Tampa. *Revista Surco Sur*, Vol. 9: Iss. 12, 24.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.9.12.9>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol9/iss12/10>

This CRITERIO ATENTO is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Carmen Díaz

Iríamos a Tampa

—Porque queríamos visitar los predios que un día visitara nuestro héroe nacional, cuando organizaba su guerra necesaria, recaudaba fondos y daba discursos de patente sabiduría y capacidad premonitoria. Queríamos respirar el aire que respiraban nuestros tabaqueros, asentados alrededor de esta bahía, buscar su cubanía, si queda alguna. Los cubanos tenemos esa tendencia a buscar nuestras raíces y explorar identidad por donde quiera que vamos.

Un limpio y acalado bungalow nos esperaba en un barrio predominantemente negro, donde nos sentimos bienvenidos. Pero suceden imprevistos que alteran la logística, aun de los eventos cuidadosamente diseñados (¿?). De pronto la ciudad celebraba con toda su muchachada la parada tradicional de Halloween. La cuna del death metal rebullía en la noche. El asunto era de brujas y disfraces y no de nostalgias de siglo XIX. Los inmensos almacenes de ladrillos habían devenido en discotecas, oficinas de arquitectos y de bienes raíces.

Algún que otro salón con humidificador donde se fumaban habanos tampeños, reiteraba que nos encontrábamos en una ciudad que había sido, según dice la historia, de tabaqueros. Donde se había cocinado también parte de nuestra guerra de independencia. De vez en cuando, algún soldado armado hasta los dientes nos recordaba que la alegría puede ser perecedera. Nos recordaba que ese mismo día, cuando nos encaminábamos hacia Tampa, un animal de odio bípedo había entrado en una sinagoga, más al norte, en Pittsburg, a matar judíos como quien mata moscas.

—Porque queríamos acercarnos a este pueblo pequeño y peninsular que cierra la bahía por el oeste antes de derramar sus aguas en el Golfo, a quien un ruso adinerado y nostálgico llamó como su terruño, Saint Petersburg. Intuíamos que no íbamos a dar de bruces con un indio calusa, pero sabíamos que podríamos visitar un enclave del surrealismo. Andábamos tras la pista del museo de Salvador Dalí, donde se dice que un matrimonio, también adinerado, había depositado quizás la obra más emblemática del pintor de Figueras, quien encarnó la figura del antihéroe en el arte del siglo XX. "La única diferencia que hay entre un loco y yo, diría un día, es que un loco es loco y yo no". Para algunos de los que compartíamos este viaje, semejante afirmación resulta cuando menos, dudosa.

Quien escribe esta reseña conocía el museo en su anterior ubicación, pero que grata sorpresa descubrir el edificio de hormigón a buen recaudo de los furiosos huracanes que visitan estas costas, de donde fluye una estructura de vidrio orgánica inspirada en la propia obra daliniana. Concluida la visita, los amigos descendimos de los cielos por la impresionante escalera helicoidal como si fuéramos parte de la molécula de ADN a que hace referencia, azorados, conmovidos, agradecidos y también adoloridos por aquello de los años, la cintura, las rodillas y los huesos viejos.

Dalí concluyó su autobiografía de esta manera: "...El cielo es lo que estuve buscando a lo largo y a través de la espesura de confusa y demoníaca carne de mi vida —¡El cielo! ¡Ay de aquel que todavía no ha comprendido eso! —... ¡Gala, tú eres la realidad!

Y ¿qué es el cielo? ¿Dónde se encuentra? "¡El cielo se encuentra, ni arriba ni abajo, ni a la derecha ni a la izquierda, el cielo se halla exactamente en el centro del pecho del hombre que tiene fe!" En este momento todavía no tengo fe y temo que moriré sin cielo".

—Porque estábamos excitados con la idea de experimentar en eso de las relaciones humanas, de paseo con gente heterogénea, con las "muchas tendencias", con la idea de descubrir, una vez más el sentido de la convivencia, compartir la música de nuestros padres, la de nuestros hijos y la de nosotros mismos, el desayuno, el ron de la noche, y hasta la visión del mar, que siempre es grande.

Queríamos compartir historias vividas, porque alguien ha dicho que uno se parece más a su tiempo que a sus padres. Y es verdad. Queríamos acercarnos al cielo y llenarnos de humanidad.

—Y entonces, fuimos.